desde la independencia griega se ha formado la poesía culta, cuyo más notable representante es **RHANGAWIS** (rangavis) ó Rangabé (1810—1892), y que permite concebir la lisonjera esperanza de que principia para las letras griegas una era nueva, no indigna de un pueblo de tan gloriosas tradiciones.

SECCIÓN II.

LITERATURA LATINA.

CAPÍTULO I.

OBSERVACIONES GENERALES.

1. Es la literatura latina ó romana esencialmente de imitación. Sin la griega, no se concibe ni habría acaso existido. Sólo en la sátira manifestó alguna originalidad.

2. Pero, si los romanos imitaron, hiciéronlo con singular ingenio y con tanta felicidad que su literatura supera en arte y perfección á todas las demás, salvo la helénica.

No podemos decir otro tanto de su valor; porque el mayor mérito de una literatura es la originalidad. Además, carece la latina no sólo de forma, propia sino hasta de fondo propio: nada hay en ella que sea nacional. Por esto, no fueron las letras en Roma accesibles al pueblo; fueron exclusivamente patrimonio de la aristocracia, un mero artículo de lujo.

3. El período de formación de la literatura latina principia en 240 ant. de J. C. y se extiende hasta la muerte de Sula (78 ant. de J. C.) — ó hasta Cicerón —; el de la madurez, ó la edad de oro, hasta la muerte de Augusto (14 de J. C.); el de la decadencia, hasta la muerte de Boecio (526).

4. El pueblo romano, austero y fuerte, soberbio é indomable, de profundo sentido práctico y escasa fantasía, de férrea voluntad y mediano entendimiento, había nacido, no para las letras ni las ciencias, sino para la política y las armas, y para ser, como lo fué, la nación más audaz y poderosa de la tierra y el árbitro de los destinos del mundo.

5. El carácter del pueblo se refleja todo entero y con perfecta claridad en su literatura. En vano se buscará en ella la sencillez, ni la delicada inteligencia y fino gusto de la griega, ni su riqueza de imágenes ni los infinitos cambiantes de su fantasía, ni aquel aire de graciosa espontaneidad que tan hábilmente disimula los esfuerzos del arte. Búsquese en ella la elegancia, la reflexión, la energía y un esmero artístico, que se inclina algún tanto al artificio. Búsquese, por fin, de preferencia en ella el genio propio de su lengua y el rasgo más saliente del carácter romano: la brevedad y fuerza de las razones y su tono sentencioso y de altivo imperio.

CAPÍTULO II.

PRIMER PERÍODO. — ORÍGENES.

(¿753?—240 ant. de J. C.)

1. Ningún indicio, ni el más leve de vitalidad literaria, dió el espíritu romano en el largo lapso de siglos, transcurridos desde la fundación de Roma (¿753?) hasta el tiempo en que un esclavo griego reveló á sus amos asombrados la existencia del maravilloso mundo de las letras helénicas.

Las únicas manifestaciones literarias de esta época, si merecen tal nombre, se reducen á algunos cantos bárbaros, que nunca salieron de la tosquedad primitiva, llamados *axamenta:* cantos enigmáticos de los sacerdotes salios. No eran menos toscos ni tuvieron más porvenir los de una corporación de sacerdotes, denominados *hermanos arvales (campestres),* que los entonaban en las procesiones solemnes que se hacían por los campos en honor de Ceres y demás deidades rurales.

Algunos rudos vestigios de la prosa aparecen en las descarnadas y eminentemente romanas leyes de las Doce Tablas.

Las *fesceninas* (de Fescenio, ciudad etrusca) y las *atelanas* (de Atela, ciudad osca) eran farsas cómicas grotescas, condenadas á completa esterilidad.

2. Estaba ya Roma en todo el auge de su grandeza política y era la señora del mundo, cuando un esclavo griego, **LIVIO ANDRONICO**, liberto del cónsul Livio, llamado *Salinátor*[1], dió á conocer en Roma la literatura griega. Cultivó el latín; tradujo en él la Odisea y creó la epopeya y el teatro nacionales, y en general la literatura latina (240 ant. de J. C.).

(3. Figuraron en el siglo III ant. de J. C. el cómico **Nevio** y en el II los trágicos **Pacuvio** y **Accio**, todos de escaso mérito.)

4. Formó la lengua latina y el lenguaje poético, **QUINTO ENNIO** (239—169 ant. de J. C.), griego calabrés, soldado romano y el más grande poeta de este período.

Pasó la mayor parte de su vida en Roma y gozó de la admiración y amistad de ilustres personajes. Pero, sin embargo de ellas, vivió casi en la indigencia, que supo sobrellevar con mucha dignidad. En el bello epitafio que él mismo se compuso, traslúcese toda la altivez y arrogancia de su alma: en él pide que *nadie le llore, porque revuela vivo por los labios de todos*[2].

5. En un poema heroico, apellidado *Anales*, canta, ardiente y vigoroso, los sublimes fastos de la República. En sencillez y fuerza no le iguala ningún poeta romano. Cicerón le llama *el mayor de nuestros vates;* Virgilio aprendió en su escuela y Ovidio hace de él un hermoso y exacto juicio crítico, diciendo que *es de grandísimo ingenio y de tosco arte*[3].

[1] Porque aumentó el precio de la sal.

[2] *Nemo me lacrumis decoret, neque funera fletu*
Faxit. Cur? Volito vivus per ora virum.

[3] *Ennius ingenio maximus, arte rudis.*

6. Ninguna originalidad, ni en la invención, ni en la pintura de las costumbres, tienen los dos más conocidos cómicos romanos: **TITO MACCIO**[1] **PLAUTO** (¿254? á 184 ant. de J. C.) y **PUBLIO TERENCIO**, llamado el *Africano* (¿190?—159 ó 158 ant. de J. C.).

7. De la vida de Plauto nada se sabe á punto fijo. Cuéntase que fué primero esclavo, luego liberto y últimamente tan pobre que se vió obligado á emplearse en volver una rueda de molino. — De sus comedias se conservan 20.

Terencio, cartaginés, cayó en poder de unos piratas, que le vendieron en Roma al senador Terencio Lucano, quien le devolvió la libertad. Cultivó estrechas relaciones con los más eminentes patricios romanos. — Quedan de él 6 comedias, calcadas sobre las de Menandro y de ordinario amalgamadas de diversas piezas del mismo autor.

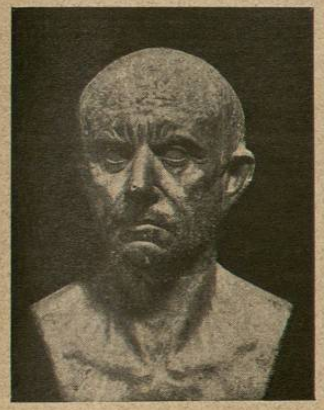

Fig. 7. Catón.

8. Ambos dramaturgos se contentan con tomar del teatro griego los argumentos, caracteres y cuadros de costumbres. Plauto, sin embargo, tiene cierto aire nacional, pues hace hablar á sus personajes el idioma grosero, á menudo obsceno, pero chispeante, del vulgo romano; mientras que Terencio no acierta sino á hacerles hablar el elegante lenguaje de los griegos.

Con ser sumamente defectuosas las fábulas de Plauto, agradan, con todo, sus comedias por la viveza del diálogo y el abundante chiste. Las de Terencio no tienen á su favor más que la elegancia del estilo.

9. Grandes elogios prodigan los antiguos á la elocuencia política de **CATÓN**, *el Censor* (234—149 ant. de J. C. — fig. 7), y á las sátiras de **LUCILIO** (148—¿103?).

[1] No *Accio*.

Catón escribió un tratado didáctico acerca de la agricultura *(De agri cultura* [1]*)* y una extensa historia: los *Orígenes* de Roma. Uno y otro escrito tienen sólo interés científico.

CAPÍTULO III.

SEGUNDO PERÍODO ó EDAD DE ORO.

(78 ant. de J. C. á 16 desp. de J. C.)

1. En el segundo período, impropiamente llamado *siglo de Augusto*, se eleva la literatura del Lacio á tanto esplendor que rivaliza en algunos géneros, como el oratorio y el poético, con las mejores inspiraciones de la musa helena.

2. Débese tan rápido desarrollo, á más de la imitación de los ingenios griegos, no á causas políticas ni al favor de los grandes, sino al esplendente genio y á la soberana influencia del hombre en quien estriba la verdadera gloria de las letras romanas: *Cicerón.*

3. Á la verdad, en su tiempo, y no en el de Augusto, rayaron las letras á mayor altura. Proclamado el imperio, se comenzaron á manifestar síntomas de decadencia: refinóse con exceso el arte, y la elegancia llegó á los primeros confines de la afectación.

1. Poesía.

1. Abre la nueva edad **TITO LUCRECIO CARO** (98—55 ant. de J. C.), epicúreo, que, después de emplear mal sus eminentes facultades poéticas, se quitó la vida.

Su poema didáctico, *De la naturaleza de las cosas,* expone, en árida é indigesta disertación, el absurdo y antipoético sistema filosófico sensual y materialista de Epicuro. Lucrecio revela estro en los pasajes descriptivos; su lengua poética brilla por una energía y perfección hasta entonces desconocidas en el Lacio, y su poema no carece de arte [1].

[1] No *De re rustica*, que es el título de una obra análoga de Varrón.

2. Su coetáneo **CATULO** (87—¿54 ant. de J. C.?), patricio romano y amigo de Julio César y de los primeros ingenios latinos, es por su originalidad, sentimiento y excelente forma, el primer lírico y el poeta más original de Roma.

Catulo y Lucrecio son los poetas en que más se trasluce el carácter romano y que debieron á esto mismo su popularidad.

Mér. princ.: *originalidad.*

3. Produjo Roma varios poetas elegíacos ó eróticos, no desprovistos de sentimiento, pero manchados con la corrupción de su tiempo. No se cansa la musa élega latina de repetir la insulsa y eterna cantinela de la belleza física de la mujer, ignorando del todo su belleza moral, cuyo mayor encanto es el pudor. No pone en escena, ni siquiera como resorte artístico, á ninguna mujer honesta; todas son cortesanas.

4. Los principales elegíacos son Tibulo, Propercio y Ovidio.

De este último hablaremos más adelante. Catulo participa, en sus elegías, de las calidades comunes á los romanos de su escuela. Mas no le hacemos figurar aquí, por ser mucho más lírico que elegíaco.

Entre los eróticos se distingue, por su mucha sensibilidad, sencillez y anhelo por un fiel amor: **TIBULO** (¿54—18?), del orden ecuestre y tan enemigo de la guerra como de la adulación: desafecto raro en un romano de su tiempo. De afeminadas y monótonas pecan sus poesías [2].

Mér. princ.: *sentimentalismo.*

[1] Véase el n. 5 de la p. 3.

[2] Sólo los dos primeros de los cuatro libros de sus elegías son íntegramente auténticos.